

CRISTIAN CRUSAT

**SOLITARIO
EMPEÑO**

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: septiembre de 2015

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: © Rocío Rosa

© Cristian Crusat, 2015
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2015
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-16453-10-8 • DEPÓSITO LEGAL: V-1884-2015

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

Para Rocío

«... entraba en la difícil edad del solitario empeño en uno mismo.»

ENRIQUE VILA-MATAS, «La tumba de las aventuras»

MONOMITO

... Tras el ruego de la madre de su novia, el chico se giró lentamente y hundió su mirada en el agua de la piscina. Llevaba puesta una camiseta en cuya pechera el león alquímico está devorando el sol; la madre permanecía desnuda sobre una tumbona de madera.

Los ojos de la mujer se empeñaban en mirar a través del cuerpo del joven que tenía delante, como si el jardín en su conjunto constituyera una gigantesca emisora de ensoñaciones, un proyector de espejismos. Él se asomó al borde de la piscina –allí donde terminaba el césped– y examinó las teselas del fondo: impecables, resplandecientes. La madre de su novia le acababa de solicitar que la limpiara para ella.

En realidad, esta breve historia es una fábula esquimal. No dejéis que os confundan –se dice siempre– las apariencias.

El chico reflexionó nuevamente sobre los motivos de su novia para recluirse en aquella habitación. Sabía que no iba a recuperarla. Nunca. Desde que se había cerrado ese pestillo, él acudía semanalmente a la casa de la familia. Todas las visitas transcurrían de manera idéntica, invariables como el movimiento de rotación de la Tierra. Primero le explicaba al padre, entre otras cosas, qué temas y ejercicios había que estudiar para el examen final.

–Se ha incluido «El sujeto ético-político: Spinoza» en el temario definitivo.

A lo que el padre, cuyo corazón latía gracias a un bypass de latón, no reaccionaba.

Luego, siguiendo la costumbre, jugaba un rato con la hermana pequeña de su novia, cuyos gestos eran tramposos y descoordinados. Aunque tenía siete años, la niña había visto tantas películas que sus preguntas eran del tipo: «¿Qué te trae por aquí?».

Ese día el jardinero ya se había marchado. Terminado su habitual diálogo con el padre, el chico miró en dirección al jardín y decidió saludar a la madre. A medida que se acercaba fue dándose cuenta de que la conciencia de aquella mujer colgaba de un hilo bicolor y posteufórico (dexedrina, con toda probabilidad). Igual que una muchacha quisquillosa, la madre encogió las piernas para ofrecerle con picardía el final de la tumbona como asiento. A continuación le hizo la pregunta. Estaba tan cerca de ella que pudo apreciar unas diminutas pecas entre sus pechos, iguales a dos cantalupos.

El pecho del padre de Paula estaba relleno de metal; el de la madre de Paula, entonces, de silicona.

Anteriormente el chico había leído la historia de un penitente francés del siglo XIV. Por lo visto, durante su peregrinaje le habían salido al encuentro varias mujeres de increíble belleza, las cuales quisieron tentarlo. Lo que había hecho que lo recordase era el *cómo*: sentadas a la sombra de un grande y frondoso árbol, en un campo, mientras jugaban al ajedrez. La alquimia se manifiesta de forma inesperada: en camisetas de bandas de doom, sludge y stoner, o en argumentos pornográficos, principalmente.

Cuando volvía de la caseta de ladrillo junto a la piscina, el chico fue consciente de la sombra que lo precedía, acaso una versión mejorada de sí mismo. Había extraído una suerte de aspiradora gigante del interior de la caseta. El tubo comenzó a serpentear a lo largo del césped sinuosidades en forma de ochos entrelazados. Miró hacia la ventana de la

habitación de su novia, reclusa desde hacía meses; dejó las interpretaciones para más tarde. Los rayos del sol resbalaban por sus hombros. Al otro lado de la piscina detectó la mirada decidida y triste de la madre. No halló la menor sombra de deseo en sus ojos, aunque seguía con solicitud anormal todos los gestos de él. Lanzó la aspiradora al agua y las teselas del fondo desaparecieron tras un remolino espumoso. En algún momento la madre le pidió que se deshiciera también de la camiseta. Y al instante vio la prenda colgando del cierre de plástico que daba acceso al interior de la caseta, muy lejos, en algún paisaje multidimensional (mientras se concentraba en la limpieza y sostenía el artilugio lo mejor que podía, con el torso desnudo).

Gracias a esto, aquella puerta se abrió y nuestro *otro* héroe consiguió abandonar el vientre de la ballena. Como dos pedazos de madera –uno cóncavo y otro agudo– que, mientras son consumidos por las llamas, se remueven y acoplan de una manera distinta, así todos los relatos de esta aventura cambian súbitamente según el epígono que los refiera. Ahora bien, el comienzo siempre es el mismo y no debe ser olvidado:

«... Hace un tiempo, cuando el círculo integraba la mayor parte de las formas vivas, el joven Ka'tik fue invitado a pescar por primera vez en el mar. Era el final de la estación seca y desde la orilla comenzaban a verse numerosos cachalotes que emergían lenta y pesadamente, como chichones en la cabeza que sólo pueden curarse con agua muy fría.»

El resto es ballenas, fuego y troncos de madera.